

Las escuelas y los adolescentes en los medios

En el actual contexto socio-histórico cultural, se advierte un discurso hegemónico que asocia fuertemente la imagen de los adolescentes y jóvenes con la violencia.

Los medios masivos de comunicación son agentes de fundamental importancia e influencia en la generación, refuerzo o transformación de imágenes (en tanto representaciones sociales), de hechos, procesos o actores. Son referencias clave en la construcción de sentido de los fenómenos sociales, de las creencias que orientan las interacciones y las ideas sobre el mundo, que coadyuvan a estructurar las prácticas individuales. Son actores principales en disputa por la hegemonía de definir conflictos sociales, silenciar otros y constituirse en escenarios de batallas políticas y simbólicas. Los medios van dando forma a los marcos de referencia que sus públicos utilizan para interpretar y discutir asuntos comunes (Molina, Pérez y de la Vega, 2014).

En la actualidad puede observarse que los medios de comunicación ponen especial énfasis en los episodios de violencia que involucran a los jóvenes, tanto de tipo policial como aquellos en que los estudiantes se agreden entre sí y/o a sus docentes, exhibiendo como una realidad común y generalizada un nivel de violencia inusitada, que es solo excepcional.

El periodismo muestra una fuerte tendencia a azuzar, exaltar y dramatizar los conflictos, con un componente importante de emotividad.

En el ejercicio del trabajo profesional, los periodistas se centran tanto más en definir los problemas, que en la aparición de soluciones o en la búsqueda de distintas perspectivas de los asuntos conflictivos del campo social (Eliashev, 2002). Y nos parece importante comprender qué efectos tiene que la violencia de los niños, adolescentes y jóvenes se vuelva un problema social.

Enrique Martín-Criado (2005) explica que un problema se vuelve problema social debido a un trabajo político de construcción y selección de un ámbito de la realidad en detrimento de otros que quedarían opacados. Elevarlo a dicha categoría implica que concierne a la totalidad de la población y requiere soluciones políticas urgentes. Esta construcción es el resultado del esfuerzo de determinados grupos sociales u organizaciones por imponer la percepción de una determinada situación como problema social. Las categorías que se establecen a partir de hechos existentes y su institucionalización, le confieren realidad social en los esquemas con los que percibimos el mundo. La creación misma de organizaciones, planes y proyectos destinados a estudiar y prevenir la violencia de los niños y jóvenes, en ocasiones ayuda a consolidar el estigma y hasta refuerza aquello que buscan evitar (Kantor, 2008).

Para pensar la forma en que los medios presentan a los jóvenes, recurrimos al concepto de imágenes culturales (Chaves, 2013: 128) que circulan a través de textos, fotos, videos, conversaciones, medios de comunicación, publicidades. Están disponibles en la memoria individual y colectiva, y a ellas se asocian valoraciones morales, juicios estéticos o ideológicos. Esas imágenes “a las que se adhiere o las que se rechazan, permiten armar identificaciones que constituyen al sujeto, sus pertenencias grupales y sus representaciones sobre los otros”. Es decir, que esas imágenes culturales van a moldear las subjetividades de adultos y jóvenes.

Otros autores aportan a esta hipótesis. Rossana Reguillo (2007) se pregunta si la insistencia pública y mediática sobre la violencia escolar, igual que otras retóricas sobre violencia juvenil que apelan al miedo y a la seguridad, no ayudan a instalar en el imaginario social la demonización de jóvenes, y simplifica de forma extrema las razones de esa violencia.

El planteo de Carles Feixas (1999) avanza un paso más y sostiene que los medios de comunicación magnifican fenómenos existentes y, además de reproducir la realidad, también la reinterpretan y crean otra

con “consecuencias en términos de oportunidades sociales, laborales y relacionales, llegando incluso a tener consecuencias sobre la propia autopercepción y construcción identitaria de los niños y jóvenes como sujetos violentos”.

En los informes relativos a las escuelas, se hacen generalizaciones que abarcan a la totalidad de los alumnos, incluyendo a todos los miembros de la franja etaria adolescente en un marco de peligrosidad, erigiendo la categoría de “violencia escolar” como problema social y político. Es usual encontrarse con representaciones sociales de los jóvenes ligados a peligrosidad, victimización, apoliticidad, individualismo e improductividad (Villa, Infantino y Castro, 2011). Estas los estigmatizan y eluden la riqueza de la heterogeneidad de los jóvenes concretos y su contexto sociohistórico particular. Los jóvenes son producidos y moldeados por los espacios hegemónicos que se les asignan y, a su vez, se construyen a sí mismos disputando, reproduciendo o negociando el orden social establecido.

Con alta frecuencia, se busca el origen en el ámbito familiar, atribuyendo la violencia a la falta de recursos económicos, culturales o sociales o a la desintegración familiar, relacionada especialmente con las familias de bajos recursos. Esta causalidad, *joven-violencia-hogar pobre-familia desestructurada*, lejos de funcionar como una interpretación que permite políticas de acción, opera como una explicación totalizante: siempre que hay un joven pobre se espera de él que sea violento, o siempre que hay un joven violento se le atribuye pobreza o una familia desestructurada, o ambas cosas simultáneamente.

De este modo, se logra omitir la mirada respecto al contexto en que los jóvenes conforman sus subjetividades, se evita el análisis del entramado social, que podría ofrecer algunas claves de interpretación. Y se refuerza la unidad significativa *jóvenes-violencia*, quienes curiosamente no aparecen en su doble carácter de víctimas y victimarios, sino especialmente en el segundo.

Si bien se advierte el discurso que asocia a los adolescentes y jóvenes con la violencia, en particular de aquellos de sectores populares, encontramos también en los medios de comunicación representaciones opuestas. El “heredero” o “joven legítimo” (Margulis y Urresti, 1998) se viabiliza a través de la publicidad, un efectivo canal para crear estereotipos de joven exitoso, esbelto, blanco y representante del patrón estético de la clase dominante, ligado a los significantes de consumo.

Conflictos en la escuela

En síntesis, imágenes contrapuestas de jóvenes según la clase social a la que pertenezcan, jóvenes asociados a la peligrosidad y la violencia, y jóvenes portadores de ideales son algunas de las imágenes culturales que afectan tanto a las constituciones subjetivas, las identidades y las representaciones sobre los otros.